

Este es un nuevo y revolucionario manual que ofrece a profesores y estudiantes de ciclos superiores los principales enfoques y metodologías de investigación en el campo de las ciencias sociales. Escrito por un destacado conjunto de investigadores y avalado por su éxito como instrumento de estudio, permite a los estudiantes elegir su propio enfoque de investigación, justificarlo y ubicarlo dentro de su disciplina. Se analizan cuestiones de ontología, epistemología y filosofía de las ciencias sociales, abarcando asimismo temas de metodología y diseño de la investigación, esenciales para elaborar una buena propuesta. Excelente síntesis, la presente obra está destinada a convertirse en obra de referencia de las ciencias sociales.

Donatella della Porta es profesora en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales del Instituto Universitario Europeo de Florencia y catedrática de Ciencia Política en la Universidad de Florencia.

Michael Keating es profesor en el Departamento de Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de Aberdeen; de 2000 hasta 2010 fue catedrático de Ciencias Políticas y Sociales en el Departamento de Ciencias Políticas y Sociales del Instituto Universitario Europeo de Florencia.

«Un libro excelente que demuestra que diferentes enfoques epistemológicos y metodológicos pueden dialogar provechosamente en el marco de un "pluralismo razonable". Debería ser lectura obligada para todos los investigadores que pertenecen al ámbito de las ciencias sociales.»

Maurizio Ferrera, Università degli Studi di Milano

«Esta obra constituye una poderosa y convincente defensa a favor de un enfoque pluralista en las ciencias sociales [...]. Su lectura resulta muy estimulante desde un punto de vista intelectual y tremendamente instructiva.»

John Gerring, Boston University

ISBN 978-84-460-3062-1



9 788446 030621

www.akal.com



Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

343

ENFOQUES Y METODOLOGÍAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES

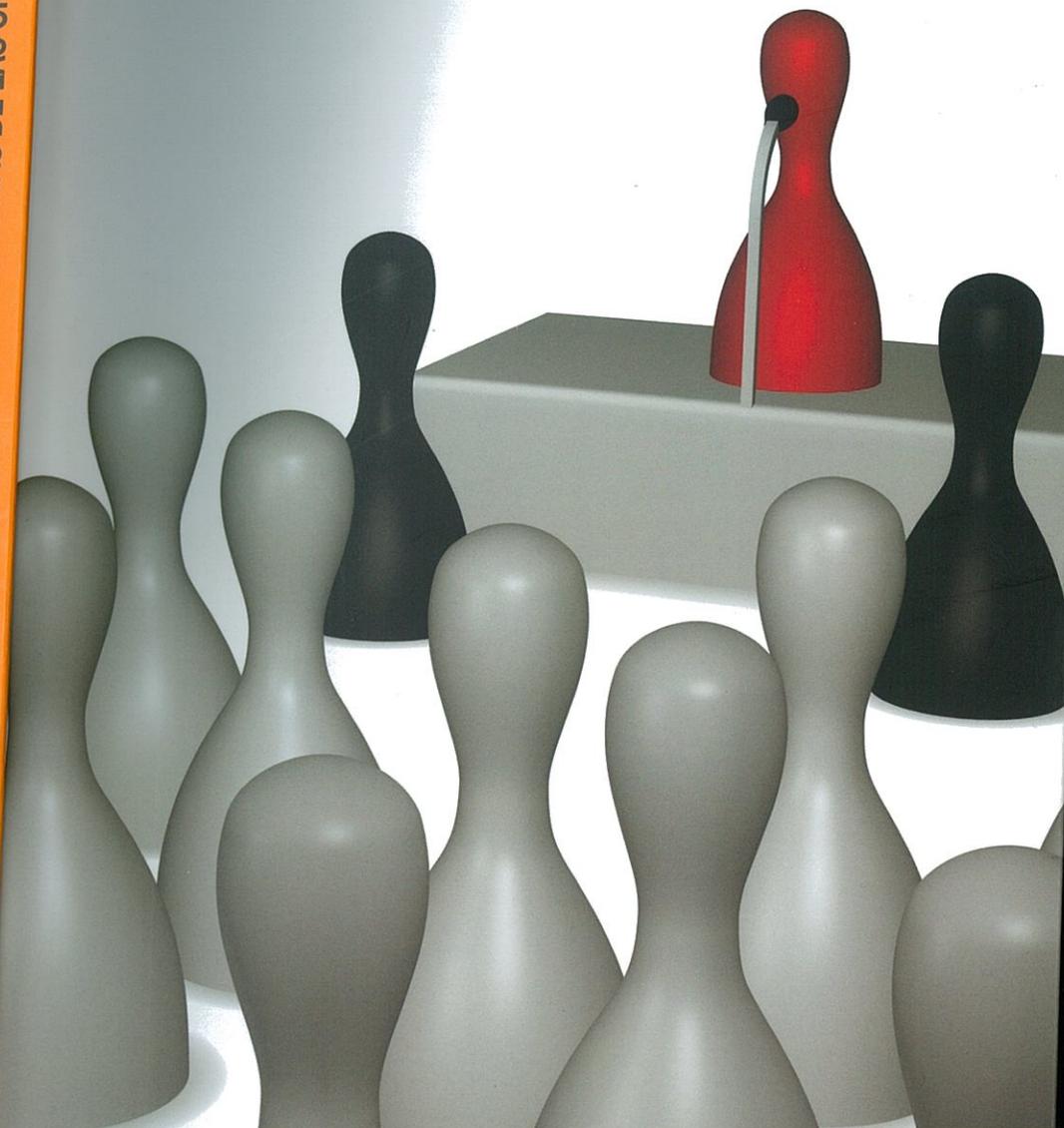
DONATELLA DELLA PORTA
MICHAEL KEATING (EDS.)



DONATELLA DELLA PORTA Y MICHAEL KEATING (EDS.)

Enfoques y metodologías de las ciencias sociales

Una perspectiva pluralista



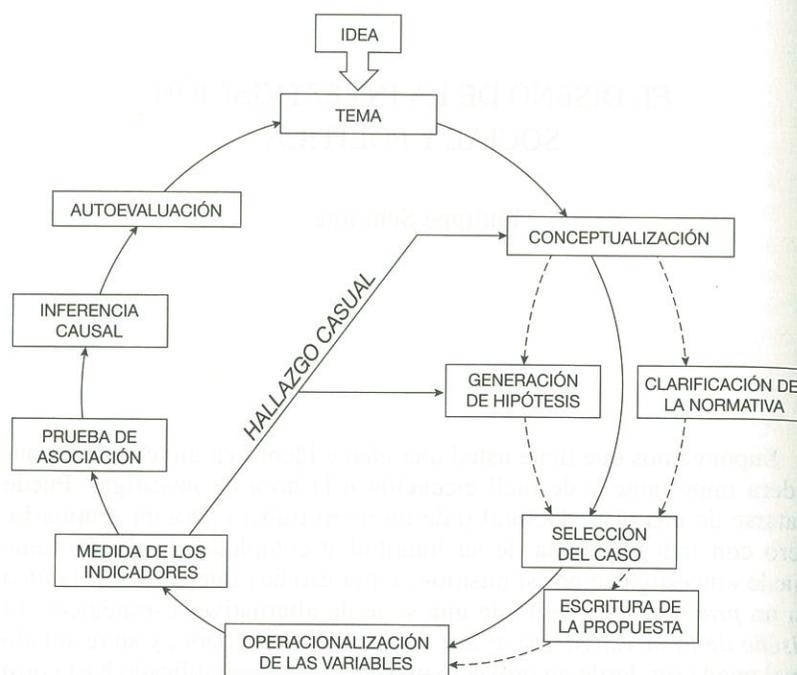
EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL Y POLÍTICA

Philippe Schmitter

Supongamos que tiene usted una *idea* e identifica un tema que considera importante y de fácil ejecución a la hora de investigar. Puede tratarse de una tesis doctoral o de un mero trabajo para un seminario, pero con independencia de su longitud y complejidad, ningún tema puede «investigarse por sí mismo». Y por eso hay que convertir la *idea* en un *proyecto* por medio de una serie de alternativas estratégicas. El *diseño de la investigación* es ese proceso de conversión, y su resultado final puede ser desde un proyecto problemático o complicado hasta otro que permita la recogida de datos válidos para obtener conclusiones convincentes.

Muchas investigaciones en ciencias sociales no se diseñan de manera consciente, es decir, no están sujetas a un proceso deliberado y crítico de elección de sus componentes y a una defensa de su configuración general. En numerosos campos de investigación el diseño viene literalmente emparejado con el tema. Hay casos ya tan investigados que el hecho de añadir otro caso más o de dedicarle un tiempo adicional no merece el esfuerzo de cambiar el método de estudio. De hecho, el deseo universal que exhiben todas las ciencias de acumular conocimiento se opone a los cambios constantes y a las reflexiones sobre la manera estándar de realizar la investigación. Si se propone un cambio en el diseño —por ejemplo, una nueva conceptualización del tema, un instrumento revisado para medir las variaciones, una manera diferente de seleccionar casos importantes o un nuevo método para comprobar las asociaciones—, corremos el riesgo de confundir al lector que tiene sentido crítico, al cual tal vez le cueste saber si las diferencias en los datos o las conclusiones obtenidas se deben «verdaderamente» al tema en sí mismo o son una «mera consecuencia» de haber alterado la manera establecida de realizar la investigación.

Figura 14.1. El ciclo de la investigación social y política



Sin embargo, la mayoría de los sociólogos no escogen temas cuyo diseño de investigación ya existe. Tienen que encontrar o inventar un diseño apropiado y han de estar dispuestos a comprender y defender lo que este implique. Además, si su intención inmediata es comparativa –si cuentan con la inclusión de más de un caso o un grupo de observaciones y con las conclusiones que se puedan añadir–, su elección del diseño será todavía más importante. La elección estratégica correcta aumenta enormemente el valor de los datos recogidos y las conclusiones derivadas de ellos; si descuidan o dan por supuesta dicha elección, el resultado puede limitarse a fragmentos de información característica y a suposiciones deducidas de circunstancias excepcionales que no aportan ninguna contribución fiable o acumulativa al conocimiento científico.

La figura 14.1 es una representación esquemática e idealizada del «ciclo completo de la investigación social y política». Cada uno de sus rectángulos contiene un grupo importante de alternativas estratégicas relacionadas entre sí y su implicación consiste en que tales alternativas deben realizarse en la secuencia prevista, empezando por una idea que define un tema y que en la imagen está situada a las 12 horas (mediodía), tras lo cual el proceso avanza en dirección de las agujas del reloj hasta que el investi-

gador llega a una evaluación de sus resultados, los cuales podrían, o no, redefinir el tema original a las 12 horas (medianoche). En el interior de cada rectángulo se ofrecen las distintas alternativas de acción. Si se escogen con sentido, la investigación será mucho mejor. Si se ignoran o no se comprende bien qué significan, el investigador se arriesga a aceptar como buenas grandes falacias en cada uno de los pasos.

El mensaje más importante a tener en cuenta cuando se avanza a través del ciclo completo es que no existe una estrategia o grupo de estrategias que sean ideales para todos los temas de investigación. Todo depende del punto de partida, de la sustancia inicial que el investigador haya decidido investigar. Al principio del ciclo de la figura 14.1, la serie de opciones tiende a ser amplia y, por consiguiente, confusa. Los temas interesantes reclaman una atención similar; las diferentes teorías y conceptos pueden parecer igualmente persuasivos. Conforme se avanza en la dirección de las agujas del reloj, las posibles alternativas que se van sucediendo, se van relacionando cada vez más entre sí y las opciones se vuelven más limitadas. Llega un momento en el que uno puede adoptar o caer en una «rutina disciplinaria establecida». Se puede ahorrar mucho tiempo y muchos desvelos si se hace esto, pero solo será beneficioso si el tema escogido y, sobre todo, su conceptualización, es suficientemente isomórfico con el original, es decir, si es conforme con las características básicas del tema que otros investigadores ya han investigado con éxito. Por mucho que a un tema equivocado se le aplique el diseño mejor establecido o el que esté más de moda, el resultado puede ser desastroso, especialmente cuando llegue el momento de sacar las conclusiones.

Muy pocos investigadores entran en la figura 14.1 a las 12 horas del mediodía y la dejan a medianoche. La mayoría toma atajos para iniciar el proceso. Muchos sociólogos empiezan su carrera investigadora cuando ya saben cuál es el caso o los casos que pretenden investigar. No es infrecuente que se trate de su país de procedencia o del país en el que han recibido su formación. Los denominados «especialistas de áreas» casi siempre se han implicado de un modo directo en el conocimiento de la historia, la cultura o la lengua, lo cual impregna los temas que eligen. Otros eligen una nueva técnica estadística o una nueva herramienta de medida de la que quieren alardear en su investigación y buscan un tema apropiado para utilizarlas. Quizá el punto de partida más frecuente (y, en mi opinión, más pernicioso) se relacione con las categorías o los enfoques que están de moda en la sociología o en ciencia política. Algunos investigadores jóvenes, convencidos de que encontrarán trabajo solo si utilizan esos «paradigmas», están dispuestos a estudiar cualquier tema –por muy trivial u oscuro que parezca–, aunque sea únicamente para demostrar su fidelidad a sus presupuestos y postulados.

Nunca debemos pensar que, una vez situados en el ciclo, haya que recorrerlo entero. Como veremos en la conclusión, existen muchos puntos

de partida que nos permiten realizar una contribución original y significativa al conocimiento.

Al margen del lugar en que se ha iniciado la investigación y los motivos que se tengan, recomiendo que comencemos por la parte superior de la figura 14.1, aunque solo sea para poder clarificar a posteriori las opciones de diseño que se hayan tomado deliberada o implícitamente. Trátemos de imaginar que todo empieza con una idea sobre un tema sustantivo crucial para el investigador, y que posteriormente este se sitúa en un contexto conceptual explícito, elabora hipótesis específicas sobre su aparición, escoge los casos para estudiar, etcétera.

Dicho lo cual, podemos examinar secuencialmente los rectángulos de la figura 14.1, cada uno de los cuales lleva vinculada una lista de alternativas «potencialmente optimizadoras» y de falacias «potencialmente perjudiciales».

ELECCIÓN DEL TEMA

Nadie puede predecir cuándo y dónde aparecerán las ideas. Sin embargo, con algún conocimiento de los antecedentes personales y profesionales del investigador resulta un poco más fácil predecir las condiciones bajo las cuales una idea se convertirá en un tema, es decir, el momento en que alguien dará suficiente importancia a un determinado pensamiento y lo delimitará para que valga la pena gastar energías en explicar cómo se le ocurrió y qué consecuencias podría tener. Este esfuerzo enormemente personal de selección es una fuente importante de distorsión a lo largo del diseño, especialmente cuando se trata de sacar conclusiones de las distribuciones o asociaciones de datos generados. El mero hecho de que alguien se preocupe de seleccionar un tema probablemente significa que valora también lo que este aporta o los efectos que tiene. Por muy subliminal que sea el pensamiento, los valores están inmersos en el tema y ejercen una influencia persistente en la elección conforme el investigador va avanzando a lo largo del ciclo de investigación. El impacto aún es mayor si el investigador decide salirse «prematuramente» del ciclo.

Esto ocurre cuando el investigador se siente atraído por un tema que también preocupa a la sociedad o a la colectividad. Se nota, sobre todo, cuando el asunto en cuestión está en crisis o está de moda. Como sociólogos, nos atraen los fenómenos que llaman la atención, bien porque crean problemas adicionales o porque proporcionan soluciones nuevas, lo cual es otra manera de decir que nuestros temas tienden a ser experiencias fallidas al final de su existencia útil o éxitos recientes que todavía no han tenido un impacto completo. Casi nunca nos topamos con diseños explícitamente centrados en la explicación de fenómenos sociales o políticos mediocres o inconsecuentes.

Grosso modo, los temas de investigación surgen bajo dos formas: 1) *proyecciones*, en ellas el investigador cree que el enfoque y los métodos existentes son adecuados y merecen aplicarse a unidades o periodos temporales aún por cubrir o con mayor precisión a casos que parecen excepcionales, y 2) *puzles*, en los que el investigador empieza asumiendo que algo relativo a la gestión no funciona bien y que las unidades o periodos temporales a examinar demostrarán la existencia de anomalías. Tanto las proyecciones como los puzles han de enfocarse de la misma manera «críticamente racional», pero la perspectiva del investigador es diferente. Si se considera que el tema seleccionado es una proyección, el investigador intenta (al menos al principio) confirmar la creencia establecida y toma más en serio la obligación de realizar una contribución acumulativa al conocimiento dentro de una disciplina o de un paradigma, ambos específicos. Cuando nos enfrentamos a un puzle, la perspectiva no nos permite fijarnos en las anomalías que exponen deficiencias en la conceptualización del tema, en su medida o en su notificación, lo cual conduce al investigador a conceptos y métodos alternativos, con frecuencia tomados de otras disciplinas. Ni que decir tiene que ambos pueden alcanzar contribuciones válidas, pues ambos son necesarios en todas las disciplinas de las ciencias sociales.

Alternativas potencialmente optimizadoras

- 1) Escoja un tema que le interese lo bastante para dedicarle el tiempo necesario hasta completar el proyecto.
- 2) Escoja un tema (y argumente por qué) que interese a otros sociólogos (e incluso a científicos de otros campos); cuanto mejor sea, más atraerá a quienes trabajan en campos y disciplinas adyacentes.
- 3) Especifique los límites temporales, espaciales y, si es necesario, culturales del tema, de forma que la investigación sea factible, pero sin convertirla en trivial o «única».
- 4) Indique la fuente inicial de inspiración del tema y su preferencia personal con respecto a los resultados, sin pedir disculpas por ellos.
- 5) No justifique nunca su selección con el argumento de que «está poco explorado» y, sobre todo, no ignore, trivialice o rechace lo que ya se ha escrito sobre el tema.
- 6) Trate de retroceder lo más posible en la teoría social y política hasta encontrar bases que justifiquen la importancia del tema escogido; evite que las modas académicas lo manipulen.
- 7) Es imperativo que escuche los consejos de su maestro y sus colegas, pero procure estar absolutamente seguro de que, con independencia de quién fue el primero que lo sugirió, el tema «le pertenece».

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Modas»: el tema (o el método o teoría) elegido está(n) muy de moda en su campo, de manera que si lo(s) adopta, su trabajo recibirá menos críticas y tendrá más facilidad para encontrar un empleo.
- 2) «Ilusiones infundadas»: el tema elegido ya ha dado lugar a resultados muy difundidos y prometedores para la sociedad o la colectividad; por tanto, si usted lo investiga, sus resultados recibirán una acogida más seria y favorable.
- 3) «Oportunismo»: dado que el tema de su investigación está en crisis, tendrá más acceso a los datos y el público se mostrará más interesado en los resultados que obtenga.
- 4) «Presentismo»: se trata de dar por hecho que cualquier cosa que encuentre asociada con algún tema en el presente existió en el pasado y seguramente existirá en el futuro.
- 5) «Seguridad de ver las cosas desde la atalaya»: esta posición permite ver más lejos y evitar las distracciones de las riñas entre los pigmeos contemporáneos. El problema es que en la atalaya no se siente la necesidad de estudiar las mismas cosas o no se hace con el mismo sentido.

Conceptualización

Casi todos los temas sustantivos surgen «conceptualizados de antemano» en el sentido de que el investigador potencial solo puede reconocerlos y compartirlos si se expresan en un lenguaje inteligible. La idea surge a veces como una forma, un color o una emoción, pero las *palabras* son el medio indispensable para que adquiera especificidad factual y significación compartida. La complicación de la investigación reside en la elevada probabilidad de que las palabras que se utilizan inicialmente sean las de los actores sociales o políticos implicados, lo cual quiere decir que podrían tener significados muy distintos o podrían aplicarse a una amplia gama de suposiciones opuestas.

La conceptualización de un tema implica la traducción a *variables* de las palabras que lo rodean en sociedades o colectividades «reales» (véanse Della Porta, cap. XI, y Bray, cap. XV). Esas variables no son elaboradas etiquetas académicas que se aplican a un acontecimiento o a un proceso específico, ya que deben identificar analogías, condiciones genéricas compartidas por un grupo distintivo de acontecimientos o procesos, y pueden adoptar diferentes valores a lo largo del tiempo, bien se observen cuantitativa o cualitativamente. Adquieren su peculiar estatus como causas o efectos según la manera en que las teorías las conectan con otras variables. Una vez ensambladas dichas variables, ya sea de la misma o de

diferentes teorías, constituyen el *argumento* provisional del tema que el investigador ha escogido para explicar.

Lo cual nos lleva a la «obviedad» que casi nunca se menciona, pero que con frecuencia es una fuente de confusión en cada estadio del diseño de la investigación: incluso los conceptos que se utilizan de manera más elemental y más frecuente —como clase, estatus, sexo, edad, región y religión para explicar el comportamiento en el voto— obtienen su significado al insertarlos en una matriz de conceptos más completa (y presumiblemente más coherente) (véanse Kratochwil, cap. V, y Mair, cap. X). Puede que sus definiciones suenen igual y, como veremos más adelante, muchas veces la operacionalización de estas variables incluso es idéntica, pero su papel depende de suposiciones previas y relaciones contingentes que difieren según la teoría, el paradigma, el enfoque o el marco que se aplique. Y no hay una sola investigación que pueda especificar cuáles son. Si tratamos de especificarlo, no queda tiempo ni espacio para el análisis. En otras palabras, toda la investigación política y social forma parte y es parte integrante del «estado de la teoría» que impera en el momento en que se realiza. Ninguna teoría puede conceptualizarse *ex novo* sin hacer referencia a lo que ya se ha producido en esos temas y en los temas relacionados con ellos. Y esto se aplica tanto a los que tratan de resolver puzles como a los que hacen «meras» proyecciones.

La elección de los conceptos solo es el primer paso. Su conversión en variables significa que hay que asignarles un estatus y aquí es donde su integración en la teoría entra de lleno en el diseño de la investigación. La tarea más importante consiste en distinguir entre los considerados como *operativos* con respecto al tema elegido y los considerados como *no operativos*. De los primeros se espera que representen un papel discernible en la explicación de los resultados, bien sea como *explicans* (el concepto que explica) o como *explicandum* (el concepto que debe ser explicado). Cuanto más elaborada sea la teoría anterior y, por tanto, la conceptualización que se derive de ella, mayor es la posibilidad de asignar diferentes estatus a las variables operativas, por ejemplo distinguiendo entre primarias y secundarias (según sea su potencia explicativa), directas e intervinientes (según lo cerca que esté el efecto de la causa), continuas y exóticas (según lo constante que sea su efecto a lo largo del tiempo) y así sucesivamente. Ni que decir tiene que todas estas funciones asignadas inicialmente pueden invertirse, en especial cuando el objetivo tiene que explicar una secuencia relativamente larga de procesos sociales o políticos. Las variables *no operativas* son las que están presentes y de ellas se puede esperar que adquieran diferentes valores durante la investigación del tema, pero no que su efecto produzca una diferencia discernible o significativa. Por supuesto, cuando llega el momento de derivar conclusiones, las variables supuestamente no operativas pueden terminar siendo una fuente potencialmente importante de falsedades. Incluso *constantes*, las variables que

estaban presentes, pero no se creía que pudiesen variar durante el periodo de investigación –y, por ello, a priori se las consideraba incapaces de contribuir a una variación en el resultado–, ganan importancia, sobre todo cuando se demuestra que el impacto de variables operativas estaba a la merced de ligeras modificaciones o incluso de simples interpretaciones de los factores de fondo. Lo lógico es que las variables *irrelevantes*, es decir, aquellas cuya variación nunca debería asociarse lógica o empíricamente con el tema investigado, sigan siendo irrelevantes.

Alternativas potencialmente optimizadoras

- 1) Evite en lo posible las referencias con mayúscula a personas, países o culturas específicas. Utilice siempre las variables con minúscula para describirlos y también para los efectos prospectivos de su argumentación.
- 2) El uso de un «presentimiento» es correcto como punto inicial de la conceptualización –el mundo que rodea a los temas más interesantes está lleno de presentimientos–, pero trate lo antes posible de identificar la teoría genérica en la que dicho presentimiento está arraigado, cambie su lenguaje y explore sus axiomas o presunciones antes de seguir adelante.
- 3) Trate de evitar la palabra «multicolateralidad» –grupos de variables estrechamente asociadas entre sí– y simplifique utilizando solamente la variable dominante de tales grupos o prestándoles una connotación ideal que describa con la mayor exactitud la naturaleza del grupo.
- 4) Explique lo mejor que pueda, no solo las variables y las constantes operativas, sino también las no operativas, las características que no varían en la argumentación, y prepárese para cambiar su estatus en el curso de la investigación.
- 5) Cuando utilice sistemas de clasificación (véase el cap. de Mair), asegúrese de que las categorías incluyen todas las observaciones y excluyen la asignación de cada observación, y de que todas ellas son potencialmente relevantes para explicar los resultados, incluidos los que están vacantes.
- 6) Especifique lo antes posible y con la mayor claridad el universo al que debe aplicarse su conceptualización en el tiempo y en el espacio.
- 7) Tenga cuidado cuando utilice conceptos y variables durante largos periodos de tiempo o en diferentes contextos culturales, puesto que su significado para los actores y, por tanto, su efecto, pueden cambiar.
- 8) Trate de ser parsimonioso y elimine variables superfluas o con doble sentido, pero sin caer en una simplificación excesiva. Una ma-

nera de lograrlo consiste en reubicar varias veces la argumentación, dotándola progresivamente de mayor concisión.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Oscurantismo»: si envuelve sus conceptualizaciones en términos muy abstractos o incluye sus observaciones en una clasificación muy complicada, nadie entenderá la descripción de lo sucedido.
- 2) «Atributismo»: cuantos más atributos de definiciones o propiedades análogas se añadan a un concepto dado, más significativo será en el momento de explicar los resultados que deseamos comprender.
- 3) «Estiramiento de conceptos»: un concepto utilizado con éxito para identificar una analogía entre acontecimientos en un tiempo y un lugar debe ser igualmente válido cuando se aplica a otras dimensiones temporales o espaciales.
- 4) «Aislamiento»: su variable representa un papel tan importante a la hora de explicar el tema que puede conceptualizarse, medirse y manipularse sola, sin tener en cuenta la red de variables que la rodean ni los axiomas previos en los que se basa.
- 5) «Novedad a cualquier precio»: dado que los conceptos existentes están tan inmersos en (viejas) teorías, al inventar y utilizar otros nuevos su investigación se considerará más original.
- 6) «Arbitrariedad»: puesto que todos los conceptos son básicamente arbitrarios –en función de usos prácticos o modas teóricas impredecibles–, no importa cuál se utilice, siempre que los lectores y la comunidad investigadora los acepten.
- 7) «Consensualismo»: si todo el mundo en su disciplina utiliza determinados conceptos y admite su significado y su importancia explicativa, deberíamos hacer lo mismo.

Formación de hipótesis

No todos los diseños de investigación requieren el planteamiento (o la demostración) de hipótesis explícitas. Existe un amplio abanico de temas sociales y políticos en los que podemos conceptualizar las variables que facilitan la explicación, pero sin asignarles a sus relaciones ningún estatus provisional de «si esto sucede... entonces...». Para esos temas, la lógica de investigación apropiada es la del *descubrimiento*, no la de la *demostración*. El objetivo consiste en mejorar la conceptualización que tenemos de un tema, comprobar su plausibilidad frente a una serie de datos y, en última instancia, generar hipótesis entre las conclusiones, pero es prematuro esperar que tales hipótesis sean una condición previa para emprender la investigación.

El factor determinante es, de nuevo, su «obviedad», el estado imperante de la teoría en un tema dado. Los asuntos sustantivos recientes, característicos de un reducido número de casos que provocan fuertes emociones o controversias políticas o que se sitúan entre diferentes disciplinas de las ciencias sociales, son obvios candidatos al estatus de «descubrimiento». El investigador no debe tomar esto como un signo de inferioridad. Más allá de la investigación científica social que hoy adopta la lógica de la prueba, tuvo que existir un momento glorioso del pasado en el que alguien inició el viaje del descubrimiento. Por desgracia, detrás de la fachada cada vez más profesionalizada y estándar de las técnicas, este mensaje se ha eliminado. Solo los investigadores jóvenes más intrépidos aceptan el reto de dar sentido a conceptualizaciones alternativas del mismo tema, de reunir argumentos potencialmente coherentes y generales mediante un «seguimiento de procesos» sobre la base de casos específicos; o de admitir que, en casos de sistemas sociales o políticos muy interdependientes y complejos, tal vez no logren distinguir nunca entre variables independientes y dependientes y, mucho menos, expresarlas como un grupo finito de relaciones bivariadas.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Asegúrese de que, en cualquier relación, el postulado «si esto sucede... entonces...» tiene la precisión suficiente para especificar su «microfundamento», la dependencia funcional, el mecanismo estructural o la lógica intencional que supuestamente conecta sus variables y, si es posible, introduzca una medida independiente de su presencia.
- 2) No asuma a priori que únicamente los seres humanos individuales son capaces de establecer «microfundamentos», ya que el mundo histórico «real» está lleno de unidades sociales y políticas que han adquirido la capacidad de actuar colectivamente de maneras que no pueden reducirse a intenciones y elecciones individuales.
- 3) Asegúrese de que la supuesta causa es independiente del supuesto efecto y no una serie de manifestaciones paralelas o convergentes del mismo proceso social o político.
- 4) Si es posible, especifique claramente la existencia de condiciones intermedias o constantes predominantes que deben estar presentes para que la relación establecida en la hipótesis produzca su efecto, incluso si estos factores contextuales no varían durante la investigación.
- 5) A veces se produce una situación ideal de investigación cuando el investigador se encuentra en una «boda con dos novias en el altar», es decir, cuando dos versiones rivales de la misma relación establecida en la hipótesis son plausibles y explican resultados diametralmente opuestos sobre la base de diferentes supuestos teóricos.

- 6) Prepárese para reconocer y afrontar, cuando surjan, «finalidades equivalentes», es decir, resultados similares producidos por diferentes secuencias o mecanismos y, por tanto, para poner a prueba diferentes grupos o, mejor dicho, «hileras» de hipótesis, no solo a hipótesis aisladas.
- 7) Recuerde que siempre hay tres hipótesis a comprobar, a saber: las que sugieren una relación positiva o negativa y la hipótesis nula de que no existe relación «si esto sucede... entonces...». Esta última debe considerarse la más probable. Todo puede estar relacionado en nuestro complejo entorno, pero no siempre de manera predecible o en un grado significativo.
- 8) Trate a priori de elaborar hipótesis para diferenciar entre variables que considera «necesarias» (las que aparecen cuando aparece el resultado); «suficientes» (que están siempre presentes) y las meramente «útiles» (que a veces están presentes y a veces no). Nunca asuma que su grupo de variables es «necesario y suficiente» y, por tanto, deje espacio para el inevitable «término de error».
- 9) Dado que la mayoría de los proyectos consisten en «grupos» o «cadenas» de hipótesis relacionadas que contribuyen a explicar un resultado seleccionado, resulta útil establecer un «modelo» de esas relaciones simultáneas y secuenciales utilizando el tiempo y el espacio como coordenadas.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Cientifismo»: si las variables no están organizadas en hipótesis con variables dependientes e independientes claramente diferenciadas, la investigación no será científica.
- 2) «Miedo al fracaso»: si las hipótesis no se confirman, no contribuímos al conocimiento.
- 3) «Retocesio infinito»: en ciencias sociales todas las hipótesis sobre relaciones variables están precedidas por una cadena histórica potencialmente infinita de causalidad y consecuencia; por tanto, nada cambia cuando decidimos entrar en esa cadena.

SELECCIÓN DE CASOS

Prácticamente en todos los proyectos, el número potencial de sociedades o comunidades afectadas por el tema escogido excederá la capacidad de los investigadores para recoger datos, comprobar las asociaciones y sacar conclusiones. Por tanto, es normal que solo algunos subgrupos de estas unidades se utilicen para el análisis. Una de las alternativas estraté-

gicas más prominentes que hay que escoger es la del número y la identidad de los subgrupos a incluir y los criterios para seleccionarlos. Esto puede variar desde una unidad (el caso único o persona única) hasta todos los que sean apropiados (el universo de los afectados); pero es inevitable llegar a un compromiso entre la cantidad de variables incluidas en la concepción inicial del tema y el número de unidades con las que podemos recoger datos. La inclusión de más casos redundará casi siempre en una peor calidad de estos, más observaciones perdidas y mayores problemas de equivalencia conceptual. A la inversa, cuanto más estrechamente hayamos definido y operacionalizado estas variables —es decir, cuanto más bajas estén situadas en la escala de la abstracción— menos probabilidad habrá de que sean relevantes en un gran abanico de casos.

La selección de casos tiene un lado práctico cuando se trata de reunir datos y, especialmente, de hacer observaciones personales detalladas; pero la verdadera ventaja es analítica. La manipulación de la identidad de los casos ofrece a la mayoría de los sociólogos y politólogos el equivalente más cercano a la experimentación. «Simula» la introducción de variables comparativas. Si en la muestra se «mantienen constantes» condiciones tan importantes como la identidad cultural, la localización geográfica, el nivel de desarrollo y la proximidad temporal, el investigador asumirá que el resultado que estaba buscando no es producto de la variación de estos elementos. Está claro que los controles son aproximados y que incluso así hay muchas posibles fuentes de diferenciación «contaminante» entre las unidades de la muestra; a pesar de ello, se trata del mejor instrumento de diseño y, por tanto, hay que utilizarlo conscientemente y con cuidado.

El investigador no selecciona casos individuales, sino «configuraciones de variables» que cohabitan en la misma unidad y pueden incluso covariar de manera única o distintiva dentro de esta. Pero no se puede analizar «Francia» como tal y compararla, por ejemplo, con «España» o «Italia». Hay demasiadas condiciones diferentes (potencialmente importantes) dentro de cada uno de esos países en cualquier tema que elijamos. Esto ocurre incluso cuando se comparan microunidades dentro del mismo país; en ellas el número de variables se controla con mayor fiabilidad debido a las habituales limitaciones en el nivel del estado-nación. Por tanto, la denominada investigación «holística» es una ilusión en la investigación social y política y, cuando se aborda, no produce más que una detallada o «espesa» descripción de un caso (o de casos paralelos, si se estudian más unidades) (véase una opinión distinta en Bray, cap. XV).

Eso no quiere decir que no existan diferencias significativas entre diseños que aíslan un pequeño número de variables y comprueban exclusivamente su asociación con otras variables en un amplio número de unidades, y diseños que parten de un amplio número de variables interrelacionadas (a menudo combinadas mediante constructos de tipo ideal) dentro de un país y luego tratan de buscar conexiones significativas y persistentes en unas

pocas unidades cuidadosamente seleccionadas de naturaleza supuestamente comparable. Pero, en cualquier estrategia, lo que normalmente uno compara son variables, una o muchas, solas o en grupo, no unidades.

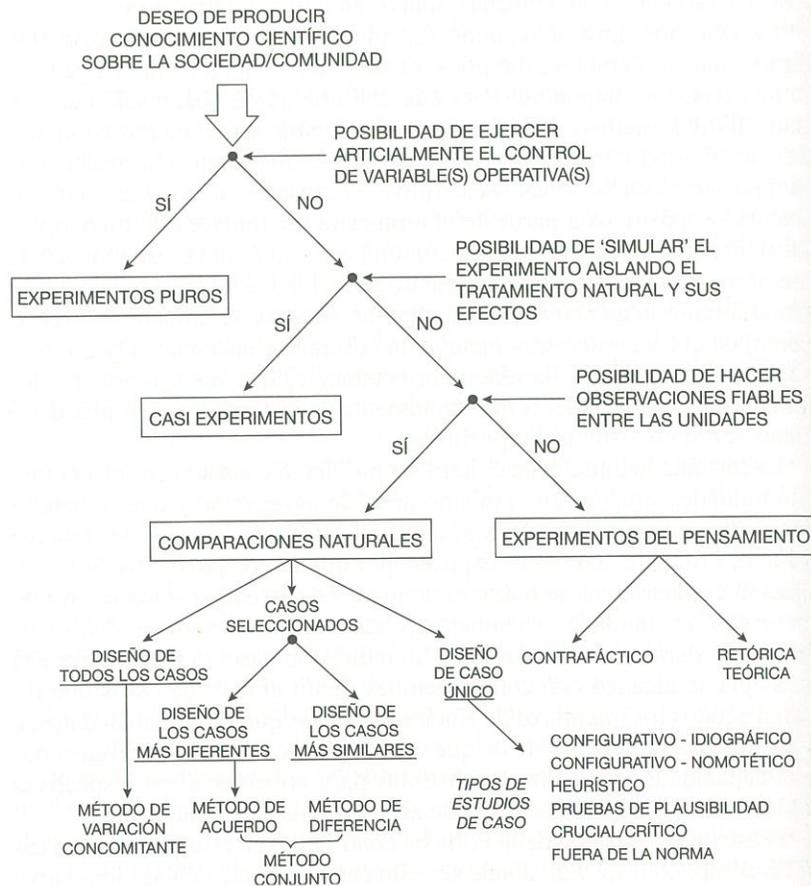
Lo cual nos lleva al segundo aspecto de la selección de casos, que durante mucho tiempo se dio por sentado y que recientemente ha generado una creciente inquietud. Para que una unidad de observación sea un caso válido de análisis debe poseer grados idénticos o al menos comparables de libertad con respecto al tema que se investiga. Un diseño que permita sacar conclusiones —descriptivas o causales— de la eficacia de los sistemas impositivos a partir de una muestra de unidades de municipios brasileños, provincias mongolas, comunidades autónomas españolas y de miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no llamaría tanto la atención. Por mucho que su autor se empeñe (correctamente) en que su «muestra» incluye un «diseño de sistemas muy diferentes», los críticos dirán (también correctamente) que los actores de tales unidades no tenían poderes ni remotamente equivalentes para tomar decisiones sobre los sistemas impositivos.

La fórmula habitual para evitar este problema consistía en seleccionar solo unidades situadas en el mismo nivel de agregación y que se beneficiasen del mismo estatus formal dentro del mundo social y del sistema político. Probablemente esto explique por qué tantos proyectos de investigación comparativos se basan en unidades de estados-nación o, en menor grado, en unidades nacionales relativamente autónomas dentro de sistemas federales o confederados. La reducción hasta lo absurdo de esta estrategia se alcanzó con comparaciones de un gran N de casos que incluían a todos los miembros de Naciones Unidas que presentaban datos, a pesar del hecho inexcusable de que esos supuestos estados soberanos poseen capacidades radicalmente distintas para gobernar a sus respectivas poblaciones y para satisfacer sus necesidades más elementales.

Puesto que Donatella della Porta ha contribuido en este libro con un capítulo completo (cap. XI), donde se ocupa ampliamente de todo lo relativo a la selección de casos, poco me resta por añadir. Sin embargo, ofreceré una herramienta pedagógica útil para explicar a los estudiantes cuáles son sus opciones en este punto del ciclo de investigación (figura 14.2).

Cuando los investigadores se comprometen a producir conocimiento científico (definido aquí como consecuencia causal), la estrategia preferida de selección de casos debe ser experimental, escogiendo al azar las unidades de observación e introduciendo algún elemento de cambio en un subgrupo de estas mientras se mantiene constante la variación en las demás. Por desgracia, la mayoría de los sociólogos y politólogos se mueve en entornos «reales», en los que eso no es posible. E incluso cuando se les permite la experimentación, los temas tienden a ser tan triviales y los entornos tan artificiales que la proyección de consecuencias sobre la base de tales resultados en contextos más «realistas» es muy arriesgada.

Figura 14.2. Esquema de la selección de casos



Tal vez la segunda opción sean los «casi experimentos», que ofrecen ciertas ventajas interesantes con respecto a la eficiencia de la investigación y a la credibilidad de las consecuencias. La base de casos puede reducirse hasta uno solo, aunque es mejor reproducir el «casi experimento» en varios entornos, y a ser posible dentro del mismo marco temporal. Sin embargo, se limitan a situaciones del mundo real, donde la variable independiente es muy discreta y temporalmente circunscrita y donde la recogida de datos durante un periodo de tiempo suficiente resulta consistente y fiable. La evaluación del efecto de una nueva política pública o el impacto de algún acontecimiento social o natural inesperado tiende a cuadrar en esta estrecha exposición de hechos, pero solo si no ocurre nada al mismo tiempo en la unidad o unidades en cuestión. Es también una estrategia de selección de

casos muy vulnerable a la difusión o a los efectos del contagio cuando las unidades implicadas conocen el comportamiento de las demás.

La mayoría de los sociólogos y politólogos deben conformarse con el estudio de variaciones que aparecen «naturalmente» en su tema, ya sea dentro de un caso único o en varios. Della Porta (cap. XI) explora las implicaciones de escoger estas alternativas.

Yo añadiría que hay otras estrategias alternativas que no suelen incluirse en los textos de métodos o de diseño de investigación, probablemente porque su estatus científico es dudoso. Surgen en contextos en los que es arriesgado o imposible observar y tomar nota del comportamiento de unidades sociales o políticas «reales». Todas ellas se incluyen en lo que Max Weber denominó «experimentos del pensamiento». El más conocido se incluye en el epígrafe contrafáctico e involucra al investigador en un esfuerzo por imaginar lo que habría sucedido con el tema si alguna condición, persona, acontecimiento o proceso no hubiesen estado presentes. En general, se centra en un único país, por ejemplo: «¿Cómo habría evolucionado políticamente Alemania si Hitler no hubiese estado “disponible” a principios de los años treinta?». También puede aplicarse a una muestra o incluso al universo de casos, por ejemplo: «¿Cuál sería el grado de inseguridad internacional en Europa si no existiese la Unión Europea?» o «¿Cuánta gente sabría hablar inglés en el mundo si los estadounidenses hubiesen perdido su guerra revolucionaria?». Si esto suena «exótico» o un poco «raro», habría que recordar que cada vez que alguien invoca la célebre e indispensable frase latina *ceteris paribus* antes de proponer una hipótesis, está mostrándose contrafáctico.

Si nos alejamos aún más de la ortodoxia social científica, encontraremos gran número de seminarios, artículos y tesis doctorales esencialmente retóricos, teóricos o normativos que se ocupan de temas a menudo más importantes para las sociedades y las comunidades «reales» que los escogidos por los empíricos positivistas, pero su objetivo consiste en seguir el desarrollo de conceptos o discursos a lo largo del tiempo, examinar la consistencia lógica de argumentos particulares, o promover la aceptación crítica de formas específicas de comportamiento humano. Tales proyectos necesitan investigación. De manera «heurística» o «nomotética» influyen en la investigación empírica. Solo tenemos que pensar en el impacto de obras recientes de John Rawls, Jürgen Habermas y Jon Elster, en las que incluso los empíricos del «núcleo duro» seleccionan y contextualizan gran cantidad de temas (véase Bauböck, cap. III).

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Si el investigador no trata de abarcar todo el universo, deberá considerar la posibilidad de seleccionar una muestra de casos al azar y ver de qué manera afectará al proyecto.

- 2) Por lo general, cuando se excluye la aleatorización y hay que ser selectivo, los casos se escogen sobre la base de su relación con la o las variable(s) independientes, en vez de con la o las variable(s) dependiente(s).
- 3) Y cuando se hace esta elección, hay que asegurarse de que los casos escogidos «representen» un abanico lo más amplio posible de resultados sobre las variables independientes.
- 4) Cuando el tema no lo permita, cuando el investigador esté motivado para investigar algo precisamente porque implica un resultado convincente, fascinante o extremo y, por lo tanto, tiene que seleccionar la variable dependiente, deberá recordar que es una fuente potencial de sesgo a la hora de sacar conclusiones.
- 5) El investigador debe saber que no tiene por qué usar solo una estrategia de selección de casos y que las estrategias denominadas «anidadas», en las que se empieza con un amplio N de casos y relativamente pocas variables medidas en bruto y, posteriormente, se pasa a un reducido N con una «batería» mucho más detallada de variables, ofrecen la ventaja de ambas estrategias a la hora de sacar conclusiones.
- 6) Siempre se preferirá el nivel más bajo de agregación espacial o funcional compatible con el comportamiento que se le supone al actor en la conceptualización, puesto que posteriormente se puede ensamblar de nuevo al alza la investigación en la escala, pero nunca a la baja.
- 7) Con independencia de los casos inicialmente seleccionados, algunos se pueden «descomponer», lo cual permite al investigador generar casos adicionales dividiendo los iniciales, aunque solo esas unidades poseen cierto grado de autonomía (y el mismo grado).
- 8) Antes de seleccionar el número y la identidad de los casos de los que queremos recoger datos, hay que asegurarse de los criterios utilizados originalmente para clasificar los temas, con el fin de preguntar: «¿De qué trata este caso?». Solo después de aclararlo se podrá saber qué unidades son «elegibles» para su inclusión y proceder a excluir algunas de ellas por razones fundamentadas.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Notoriedad»: es más interesante investigar un caso concreto que llama la atención pública, ya que otros se fijarán en dicha investigación.
- 2) «Números»: siempre es ventajoso tener un gran número de casos, incluso cuando al añadirlos nos vemos obligados a atenuar su relación con el tema o a utilizar indicadores menos válidos.
- 3) «Importancia»: cuando una unidad dada es un caso atípico de acuerdo con los criterios de selección, se convierte en caso impor-

tante, cuya conformidad o ausencia de conformidad es prueba definitivamente significativa de asociación causal.

- 4) «La ilusión de la comparación»: los casos se seleccionan debido a su importancia porque parecen compartir algunas características generales culturales, estructurales o de localización; sin embargo, a veces variaciones mínimas o cualitativas en «variables comparativas» producen una variación en lo que tratamos de explicar.
- 5) «Carácter contemporáneo»: en las unidades de comparación escogidas que poseen el mismo marco temporal, los actores están al tanto en condiciones similares (o al menos suficientemente similares) de la importancia de las variables comunes y son capaces de actuar sobre ellas simultáneamente; sin embargo, estas ocupan diferentes puntos temporales de ciclos largos o simplemente suceden en diferentes calendarios.
- 6) «Imitación»: cuando los actores de las comunidades seleccionadas son muy conscientes de que tienen que habérselas con algún tema en el interior del mismo marco temporal, también son sensibles a lo que hacen otros en las mismas condiciones y aprenden de sus éxitos y fracasos; sin embargo, a veces ignoren por completo lo que los hacen los demás.

REDACCIÓN DE LA PROPUESTA

Esta etapa del ciclo de la investigación es «opcional», aunque muy conveniente. No todos los programas de estudio otorgan la misma importancia a la defensa de una propuesta formal. Algunos la exigen antes de dar permiso al candidato para iniciar su trabajo de campo. Mi experiencia personal es que cuanto mayor sea la pluralidad de enfoques o paradigmas que rodean un tema dado, mayor será el ahínco del investigador en la redacción y defensa de una propuesta. En contextos universitarios dominados por una orientación teórica o disciplinaria única, el esfuerzo pasa a veces inadvertido. La ortodoxia reinante favorece los problemas más que el deseo de esclarecer conceptos y llega incluso a dictar hasta los más pequeños detalles de cómo ha de conceptualizarse y operacionalizarse un determinado tema. En situaciones extremas ni siquiera hay «campo» al que ir, casos que seleccionar ni detalles de medida que discutir, pues lo que importa en esa etapa es la normativa o la consistencia lógica del «argumento», de la conceptualización que se haga del tema y de su adaptación a la ortodoxia imperante. El número e identidad de los casos tienen una importancia relativa, si es que tienen alguna, hasta tal punto que tanto los axiomas previos como las expectativas posteriores se consideran universales. Los datos pueden simularse o agruparse, con fines ilustrativos, a partir de las fuentes habituales. Las conclusiones son predecibles y con-

cuerdan con las expectativas originales. Los miembros del «club de investigación» al que pertenece el investigador lo felicitarán efusivamente por su contribución acumulativa al conocimiento, mientras que los profesionales de otras disciplinas y los miembros de otros clubes de la misma acogerán los resultados con bostezos y comentarán que «cualquiera diría que Fulano ha inventado la rueda» o que «para ese viaje no hacían falta alforjas». En otras palabras, el hecho de pertenecer a una tradición investigadora bien establecida tiene costes y beneficios.

Otra condición que afecta a la utilidad de la redacción de la propuesta es su posible función crítica a la hora de obtener subvenciones para la investigación. Si dicha ayuda está asegurada sin que haya competición para obtenerla, el investigador se contentará con una breve declaración de intenciones. De otra manera, la capacidad para resumir y justificar, de forma coherente y persuasiva, las alternativas de diseño que el investigador haya previsto marca la diferencia para determinar si el proyecto es factible. Aunque no se suele decir abiertamente, este aspecto «comercial» de la redacción de la propuesta produce distorsiones, si se consideran las preferencias del patrocinador y si el investigador trata de complacerlo modificando el tema, cambiando su conceptualización, limitando el abanico de hipótesis e incluso seleccionando diferentes casos con el objetivo de «dorarle la píldora». Los investigadores más experimentados aprenden pronto a «refinar» sus propuestas para obtener fondos. Por fortuna, los patrocinadores nacionales o supranacionales raramente controlan si existe una lógica entre las proposiciones y la investigación una vez realizada. Como mucho, les interesa saber si las implicaciones políticas de las investigaciones concuerdan con sus propias preferencias.

El «verdadero» propósito de redactar una propuesta debe ser darle al investigador la posibilidad de reflexionar críticamente sobre las alternativas estratégicas que tiene ante sí e intercambiar dichas reflexiones con supervisores y compañeros antes de sumergirse en el proceso inevitablemente complicado y absorbente de reunir datos y tratar de darles sentido. Puede haber momentos posteriores de autocritica y de cambios —véanse más adelante los comentarios sobre la importancia del *hallazgo casual*—, pero la redacción y defensa de una propuesta ofrece una oportunidad única de «reescribirla» y de «reenviarla» antes de verse irrevocablemente inmerso en la acción.

OPERACIONALIZACIÓN DE VARIABLES

Para comenzar, la conceptualización de las variables debe realizarse sin tener en cuenta su conversión en indicadores y su medición. Existe una buena razón para ello. Teóricamente es muy importante especificar con claridad la condición o el factor que debe estar presente para producir un efecto previsto, ya sea solo o con otras variables. El hecho de haber conceptua-

lizado de antemano e independientemente la proyección debería suponer un fuerte incentivo para especificar las observaciones posteriores que cabe hacer para verificar la presencia, la magnitud, la dirección o la persistencia de esa variable. Esto significa que, durante las primeras etapas de la investigación, el investigador ha de aceptar que todas las variables sociales y políticas se pueden operacionalizar y, más tarde, ha de estar dispuesto a llegar a un compromiso cuando busque los indicadores en el mundo real.

Por desgracia, en la práctica la posibilidad de tales dificultades es omnipresente e incluso puede hacer que el investigador deje de utilizar conceptos conocidos por ser «imposibles» de operacionalizar. Baste con pensar en propiedades políticas indispensables como el poder, la autoridad y la legitimidad o en propiedades sociales como la estima, el respeto y la confianza. Para ninguna de estas propiedades existe un estándar con un grupo de medidas accesible. Incluso los intentos elaborados (y caros) de operacionalizarlas sobre la base de criterios «de reputación» obtenidos de encuestas de opinión pública, resultan problemáticos. Y la crítica que reciben tales esfuerzos se vuelve más insistente cuantos más indicadores se utilicen en diferentes países a lo largo del tiempo.

Otra manera de afrontar el dilema es hacer concesiones a esas alturas del ciclo de la investigación. Cuanto más altos estén los conceptos en la escala de la abstracción —y cuanto más amplias sean sus posibilidades de aplicación—, más difícil será hacer observaciones convincentes sobre su presencia en un caso específico o en un grupo de casos. Si aumentamos el número de unidades de estudio —ya sean personas u organizaciones—, seguramente habrá problemas con datos que faltan y con indicadores engañosos. No hay que tener miedo de hacer concesiones, pero hay que hacerlas conscientemente. Vale la pena ponerlo en conocimiento del lector que lee con sentido crítico cuando se hace la concesión de aceptar un indicador menos satisfactorio o con un grado menos específico de observación. El investigador habrá de eliminar casos cuando sea necesario, pero asumiendo que eso puede distorsionar su capacidad de sacar conclusiones. Los puntos de investigación cuyos requisitos operativos resultan más difíciles de satisfacer suelen ser aquellos en los que el comportamiento social y político es menos «normal» y su exclusión del diseño estrecha la amplitud de la variación y reduce la potencia de las asociaciones.

En este momento del ciclo de investigación el aspecto más temido es la *validez*. ¿Acaso las observaciones propuestas reflejan con exactitud y, por tanto, representan el significado de los conceptos que escogidos para soportar el peso de la explicación? Por muy precisas que sean las observaciones, por muy comparables que sean las unidades, por mucho que pueda reproducirlas otro investigador, si no son válidas, la investigación se atasca en uno de sus puntos más vulnerables. Tal vez el investigador haya descubierto algo importante y las asociaciones que revelan sus indicadores sean inatacables, pero no ha probado (o descartado) lo que estaba

previsto al empezar la investigación. Los resultados serán irrelevantes en el sentido más estricto del término. No enseñan nada nuevo sobre el tema, a menos que el investigador se base en el hallazgo casual (véase más adelante) y conceptualice todo el proyecto desde el principio.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Preste mucha atención a la correspondencia entre los conceptos iniciales y los indicadores o evaluaciones propuestos, comparándolos con otras investigaciones sobre los mismos temas o sobre temas relacionados.
- 2) Sea cauteloso con las especificaciones de las variables de indicadores empíricos que se aplican habitualmente entre las unidades para medir diferentes conceptos.
- 3) Asegúrese de que el concepto y su indicador o indicadores se aplican en el mismo nivel de análisis y de que son lo más parecidos posible en un nivel de abstracción.
- 4) Cuando estén disponibles, utilice operacionalizaciones alternativas de indicadores potenciales múltiples y, si es necesario, permita la «triangulación» entre ellas para resolver disparidades y mejorar su validez.
- 5) Como todas las cosas son iguales (aunque nunca lo son), es mejor que utilice indicadores no complejos en vez de complejos, puesto que los actores cuyo comportamiento está observando tendrán menos oportunidades de responder estratégica, ética o emocionalmente a su demanda de información.
- 6) Recuerde que existen varias maneras de evaluar la validez de los indicadores, que van desde el consenso entre respuestas independientes hasta la covariación entre diferentes medidas «internas» y, mucho menos fiable, la correlación con otros resultados hipotéticos «externos».

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Disponibilidad»: este indicador existe y otros lo han utilizado con éxito; por lo tanto, debe ser válido cuando lo aplique a su tema.
- 2) «Operacionalidad»: el investigador decide incluir en su análisis solo variables para las que ya sabe que existe un indicador válido (o aceptado consensualmente).
- 3) «Mimetismo»: a otros les fue bien utilizar datos para indicar un concepto similar al suyo, aunque se tratase de una teoría diferente; por tanto, usted puede utilizarlos para el mismo propósito.

- 4) «Ignorancia del principio de la duda»: si operacionaliza una variable invadiendo el mundo «real» de su correspondiente, puede ignorar la posibilidad de que su respuesta se contamine con las normas establecidas de corrección o con los cálculos estratégicos de interés, o de estar creando la variación, en vez de medirla.

MEDIDA

Llegados a este punto del ciclo, las alternativas vienen dictadas por las que el investigador haya escogido con anterioridad, ya fuese conscientemente de acuerdo con la especificidad de su problema o puzle (espero que sea ese el caso) o que decidiese utilizar una tradición establecida de investigación, cuantitativa o cualitativa, y siguiese obedientemente sus dictados. Hay buenas razones para que el investigador «se deje ir» en ese punto. El uso de técnicas existentes e indicadores de observación para variables no solo ahorra mucho tiempo y preocupaciones, sino que también ofrece un elemento de «control de calidad» interno, siempre que las medidas que se utilicen sean válidas, es decir, que capten las características de la variable en que el investigador se basa para una eventual explicación. Cuando esto ocurre, la reproducción con éxito de investigaciones anteriores es un resultado muy deseable y personalmente reconfortante. Si el investigador decide inventar y aplica un nuevo indicador o, lo que es peor, una batería de indicadores —especialmente para medir algunas variables utilizadas con frecuencia—, tendrá que hacer un esfuerzo especial para justificarlo. Si no es así, corre el riesgo de confundir al lector en la etapa de las conclusiones: «¿Se trata realmente de algo realmente novedoso u obedece solo a un cambio en la medida?».

La discusión sobre la medida tiende a verse dominada por la distinción entre indicadores cuantitativos y cualitativos, con un sesgo en el mercado a favor de los primeros. No hay razón para sorprenderse, puesto que la mayoría de los textos sobre métodos han sido escritos por cuantificadores, los cuales poseen argumentos convincentes a su favor. Se dice que los datos numéricos son más *viables*, a saber, es más probable que los acepten observadores independientes; que son más *precisos*, es decir, es más probable que ayuden a alcanzar acuerdos entre unidades, y que son más *útiles*, a saber, más compatibles con las diferentes maneras de demostrar la asociación. Lo cierto es que las disciplinas de las ciencias sociales han tenido tendencia a asignar un «estatus científico» más elevado a la investigación cuantitativa que a la cualitativa y a premiar en consecuencia a quienes la practican.

Esto resulta lamentable por tres buenas razones: 1) ha animado a los investigadores a numerar las variables cuando la validez de su conexión con el concepto designado era dudosa; 2) ha dado lugar a la explotación de indicadores numéricos estándar, cuyos múltiples componentes son a menu-

do teóricamente disputables y cuyas combinaciones ponderadas son poco comprensibles para quienes las utilizan; y 3) ha desalentado el uso innovador de técnicas de observación más directas e imaginativas, precisamente para alcanzar cualidades inherentes en relaciones complejas y contingentes. Se puede asignar un número a cualquiera y a cualquier cosa, pero nada garantiza que la asignación produzca información relevante. Si estas cualidades son diferentes en clase (nominal) más que en magnitud (cardinal u ordinal), entonces y sea cual sea la regla de asignación, el número podría convertirse en una pieza inservible de desinformación. Lo que importa es la manera en que el investigador conceptualiza su tema, no las virtudes supuestamente superiores de una forma de medida con respecto a otra.

De todas las etapas del ciclo, esta es probablemente la más apropiada para el «hallazgo casual», puesto que el aprendizaje del proceso de investigación en sí mismo retroalimenta las alternativas anteriores y hace que el investigador introduzca mejoras en ellas antes de que la «dependencia del itinerario» esté completada. El investigador vuelve a estar en contacto con sujetos/agentes «reales» del tema tras haber pasado mucho tiempo tomado decisiones «disciplinarias» abstractas. Si tiene suerte, los sujetos/agentes le mostrarán directamente sus intenciones y percepciones e incluso pueden darle algunas opiniones sobre lo que les está preguntando y lo que se va a hacer con sus respuestas. Si la investigación se basa exclusivamente en fuentes secundarias o públicamente disponibles, tal vez en tales documentos haya «voces» que hablen en términos imprevistos. Por supuesto, hay una gran cantidad de «ruido» generado por los datos que el investigador está reuniendo y que produce una gran confusión cuando se yuxtapone al enfoque relativamente parsimonioso que el investigador ha estado aplicando al tema. No obstante, este debe mantener los ojos, los oídos y la mente bien abiertos a la búsqueda de sutilezas y sorpresas y estar dispuesto a introducir «correcciones sobre la marcha», aunque algunas lo lleven de regreso a los límites que había establecido inicialmente en torno al tema o a aspectos claves de su argumento original.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Ponga a prueba la fiabilidad de los indicadores, si es posible utilizando fuentes alternativas de datos o personas, con el fin de valorar los datos.
- 2) Si puede validar los requisitos, opte por medidas cuantitativas en vez de cualitativas, puesto que sus ventajas técnicas son considerables y se puede pasar con mayor facilidad de las primeras a las segundas.
- 3) Opte siempre por el nivel más elevado e informativo de las medidas (dada la naturaleza de la variable), puesto que luego podrá

cambiar a un nivel más bajo. Los datos cardinales siempre se pueden convertir en ordinales, y prácticamente cualquier cosa puede dicotomizarse o incluirse posteriormente en categorías nominales, mientras que la dirección inversa es imposible.

- 4) Dé instrucciones –incluso a sí mismo– sobre la asignación de la puntuación cuantitativa o las etiquetas cualitativas de la manera más transparente posible, para que las operaciones de medida se reproduzcan en el futuro.
- 5) Cuando trabaje en el macronivel de una sociedad o comunidad compleja, la mayoría de las variables contendrán múltiples componentes y estarán indicadas por medidas compuestas, lo cual obliga al investigador a prestar mucha atención a la integración de tales «escalas».
- 6) Especialmente cuando recoja información a lo largo del tiempo sobre procesos políticos o sociales, asegúrese de comprobar que los cambios no se deben a modificaciones de los instrumentos de observación en vez de a cambios en el comportamiento real.
- 7) Muchos instrumentos de medida están calibrados para registrar solo cambios en las variables importantes y a gran escala relativa, lo cual significa que no siempre registran sistemáticamente los cambios más modestos y graduales. Las «revoluciones» sociales y políticas se reconocen siempre; las «reformas» se reconocen mucho menos y únicamente cuando sus efectos se acumulan de tal modo que llaman la atención.
- 8) Antes de la recogida de datos trate de estimar dónde se encuentran con mayor probabilidad las fuentes de error y cómo afectarán a los resultados. Preocúpese menos de los errores aleatorios (que atenuarán posibles asociaciones) que de los errores sistemáticos (que sesgarán la dirección de los resultados).
- 9) Asegúrese que ajustar los datos o de corregir los errores para que estos cumplan mejor con las expectativas generales o con las hipótesis específicas del inicio del estudio.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Agrupamiento»: muchos conceptos son complejos y multidimensionales por naturaleza y, por tanto, solo pueden medirse por medio de indicadores igualmente complejos y multidimensionales, con independencia de la variación en sus estructuras internas y de la probabilidad de que se asignen idénticas puntuaciones a grupos con variaciones bastante diferentes.
- 2) «Longevidad»: siempre es mejor utilizar un indicador que se conoce desde hace tiempo, que se utiliza en diversos entornos de investigación y que ofrece al investigador una perspectiva a más largo

plazo, a pesar de la posibilidad de que durante ese periodo las técnicas de medida hayan cambiado y los significados ya no sean los mismos para los actores.

- 3) «Claridad»: es preferible que a cada variable se le asigne una puntuación específica y no ambigua, aunque el carácter de su conceptualización y su estatus teórico sean calculadamente «enmarañados» o «radiales».
- 4) «Reificación»: lo que el investigador está viviendo es idéntico a lo que ha conceptualizado que, a su vez, es idéntico a la manera en la que los actores «lo» perciben, con independencia de cuánto se pierde en la traducción mientras el investigador avanza desde un ámbito a otro.

PRUEBA DE ASOCIACIÓN

A estas alturas, el investigador tal vez haya perdido el control estratégico sobre su proyecto y es aconsejable que consulte un texto de metodología para saber cuál es la herramienta que mejor se adapta a los datos recogidos, eligiéndola entre todas las que sirven para poner a prueba la asociación, sean verbales o matemáticas, simbólicas o numéricas, paramétricas o no paramétricas.

Las variables se asocian de diferentes maneras. Por lo general, al sociólogo le interesa la *dirección*, es decir, si son positivas, negativas o nulas; la *potencia*, esto es, cómo afecta una variable a otra; y la *significación*, a saber, la probabilidad de que el resultado sea mero producto de la suerte. Puesto que la investigación es casi siempre y de modo inevitable «histórica», el *tiempo*, el *momento* y la *secuencia* de encaje de las variables también son importantes; de hecho, estas dimensiones cronológicas proporcionan la orientación básica sobre la presentación y defensa de los resultados.

Esto se debe a que los medios más potentes para poner a prueba la coordinación entre variables y, por tanto, para presentar los resultados, ha sido tradicionalmente el relato de una historia creíble en orden cronológico. Quizá en el interior de algunos nichos muy profesionalizados de la sociología y de la ciencia política, el arte de contar historias ya no se considera aceptable. Los integrantes de esos nichos, en su mayoría estadounidenses o extranjeros formados en Estados Unidos, han impregnado sus disciplinas de su profundo sesgo histórico. No solo interesa lo que sucede, sino cuándo sucede y en relación con todo lo ocurrido simultáneamente. Los propios actores no son meros receptores pasivos de una valoración, sino poseedores activos y reflexivos de dicha valoración. Recuerdan lo que ellos mismos y sus antepasados hicieron en otras épocas, y sus preferencias presentes están condicionadas por su conocimiento. En mi opi-

nión todavía no se han inventado medios para comprobar estas asociaciones, que a veces suplantán o incluso sobrepasan el relato cronológico al incluir sutilezas temporales en el momento preciso, y asimismo centran las múltiples variables que conviven en la complejidad de la mayoría de fenómenos sociales y políticos. La credibilidad de la narración de los resultados se verá considerablemente reafirmada si se insertan pruebas cuantitativas sobre asociaciones concretas en el relato básico de investigación. Las tablas cruzadas, las ordenaciones, las ecuaciones regresivas, los análisis de factores o de espacios reducidos, incluso los modelos matemáticos son de gran ayuda, sobre todo cuando se analizan temas muy circunscritos en el tiempo y en el espacio, susceptibles de descomponerse en unidades relativamente sencillas y repetitivas.

Incluso los científicos sociales y políticos que parten únicamente de datos cuantitativos se encuentran a veces con que dichos datos resultan útiles para narrar una historia creíble y situar las asociaciones establecidas y las conclusiones derivadas en cierto orden cronológico. La narración también sirve para llenar huecos entre causas y efectos mediante una descripción verbal de los mecanismos implicados, especialmente en el caso de fórmulas matemáticas y modelos formales que tratan estos intercambios como si se produjesen en el interior de «cajas negras» impenetrables (véanse Héritier, cap. IV, y Vennesson, cap. XII). Estos hallazgos de cuantificadores «duros» circulan solo entre pequeños grupos de iniciados y son incomprensibles para los demás; pero si los sociólogos y politólogos aspiran a iluminar e influir en amplios grupos de lectores, tendrán que aprender a narrar sus resultados o contratar a alguien capaz de traducir los resultados esotéricos de sus pruebas en historias inteligibles.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) No olvide la «prueba de impacto interocular», que consiste en revisar los datos –los diagramas de dispersión resultan particularmente útiles– y en hacerse una idea visual de lo que sucede entre las variables y en los casos.
- 2) Aplique siempre diferentes pruebas de funcionamiento y quédese con las mejores.
- 3) Si es posible (y lo será con los diseños cuantitativos), manipule el número eliminando uno o dos o dividiendo la muestra en submuestras por tamaño o localización; no se desanime si esto altera el resultado, pero trate de descubrir las variables que producen resultados diferentes.
- 4) Recuerde que la mayoría de las pruebas de asociación –cuantitativas siempre, cualitativas en algunos casos– son muy sensibles a los casos extremos, y hay que estar en condiciones de eliminarlas para

saber si la asociación entre las variables es persistente o significativa cuando solo se incluyen en el análisis las unidades más «normales».

- 5) Tenga en cuenta la dimensión temporal y compruebe si series de secciones sucesivas de datos cruzados –por ejemplo, a intervalos de diez años– producen asociaciones de igual potencia. Si no lo hacen, analice las variables intervinientes o contextuales que producen esos nuevos resultados.
- 6) Cuanto más se esfuerce el investigador por falsificar hipótesis iniciales en vez de verificarlas buscando todas las distribuciones favorables de datos, más convincentes serán sus pruebas de asociación.
- 7) El tratamiento de los casos «anormales», que no cuadran bien en el patrón general de asociación, se considera indicador de la seriedad con que el investigador acepta la tarea de falsificación. Si los ignora (o transforma su valoración), le preocupa en exceso la verificación; si los acepta, explota su contrariedad y trata de saber si cuestionan la hipótesis, se arriesgan a que lo tachen de «falsificacionista».

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Falsedad»: el investigador encuentra una estrecha asociación entre dos variables y comunica el hallazgo sin considerar que, si introdujese una tercera variable, podría explicar la variación en las dos primeras.
- 2) «Contingencia»: las asociaciones que encuentra son potentes y significativas, pero solo cuando se dan ciertas variables contextuales, generalmente no especificadas.
- 3) «Manipulación de la curva»: dado que siempre hay «ruido» y «error» en los datos, se pueden redondear las distribuciones transformando los datos brutos o eliminando los valores más atípicos para que todo cuadre de manera más «satisfactoria».
- 4) «Anacronismo»: sean cuales sean las asociaciones que satisfacen los criterios de la prueba y el periodo de tiempo de la investigación, los resultados que generan serán válidos.
- 5) «Adhocracia»: en un determinado nivel de abstracción y medida se pueden identificar todos los casos y utilizarlos para «explicar» las desviaciones del resultado previsto por las variables incluidas en el estudio.

CONCLUSIÓN CAUSAL

Esta etapa es, sin duda, la más azarosa y gratificante del ciclo de investigación. Es la etapa con menos directrices disciplinarias o académicas y, por tanto, la que posee el margen más amplio de posibilidades.

Muchos sociólogos abandonan el proceso antes de llegar aquí. Hacen observaciones precisas, publican descripciones empíricas y lo dejan ahí. Otros paran incluso en etapas más tempranas, sin haber generado ningún dato, contentándose con superar las posibilidades de un argumento o con definir su universo de aplicación. Los hay que van un poco más lejos y proponen pruebas numéricas y narrativas para el nivel y potencia de asociación entre variables. Pero se abstienen de abordar dos cuestiones adicionales: 1) la retrospectiva de *por qué* y *cómo* esas variables combinadas produjeron el resultado que constituía el tema de la investigación; y 2) la prospectiva de *cuáles* serán las consecuencias futuras y de *cuándo* tendrán lugar tales consecuencias.

Consideremos, por ejemplo, las actuales controversias sobre la investigación climática. Si los climatólogos y otros científicos se hubiesen limitado a archivar los informes que demuestran la subida de la temperatura en el planeta y la acumulación de sustancias químicas en la atmósfera, ¿se habría producido algún tipo de reacción? Todo el mundo aceptaba los hechos sin discusión. Pero cuando esos investigadores correlacionaron esos indicadores y *sacaron la conclusión* de que tras el aumento se escondía una relación causal que no se debía a la suerte o al destino, estalló la controversia. Cuando atribuyeron la principal causalidad a factores relacionados con la intervención humana y, más aún, cuando empezaron a publicar proyecciones amenazadoras sobre el futuro, abrieron la caja de los truenos.

No nos atrevemos a sugerir que los especialistas en ciencias sociales son los responsables de semejante controversia, pero sí deberían asumir una responsabilidad más modesta y explotar los datos al máximo; lo cual casi inevitablemente nos obliga a sacar conclusiones retrospectivas y (a veces) prospectivas. Basta con recordar cuántas veces hemos leído informes sobre investigaciones amplias y costosas para acabar preguntándonos «por qué» y «cómo». Los jóvenes investigadores tal vez creen que la situación les favorece, porque significa que hay gran cantidad de datos sin explotar a la espera de «análisis secundarios» a bajo coste. Pero resulta lamentable que los investigadores que iniciaron ese tema, lo conceptualizaron, seleccionaron los casos y reunieron los datos, no apurasen al máximo las conclusiones «ocultas» sobre la causalidad. Los manuales de sociología y ciencias políticas abundan en sabios consejos sobre los límites de dicha actitud. Con harta frecuencia los profesores de cursos de especialización y los directores de tesis proporcionan a los estudiantes fantásticos ejemplos de investigadores que sobrepasaron los confines de sus datos o ignoraron la contribución de otras variables para acabar llegando a conclusiones erróneas sobre causalidades o consecuencias.

La controversia que limita la mayoría de los debates sobre la conclusión o inferencia es su *generalibilidad*. Un investigador cauto, que saque conclusiones de los resultados y los limite a los casos investigados y al periodo de tiempo cubierto, tiene pocas probabilidades de enfrentarse a

críticas o de llamar la atención. Los especialistas en el tema, sin duda, tendrán algo que decir sobre la validez de los indicadores, la exactitud de las medidas y lo apropiado de las pruebas de asociación, pero el investigador no tropezará con problemas hasta que se atreva a generalizar en los contextos temporal, espacial o cultural, entrometiéndose en el territorio de otros. A nadie le gusta que le digan que un tema que considera suyo se puede explicar de otra manera, sobre todo cuando el que lo dice pertenece a otra escuela teórica o disciplinaria.

Existen buenas razones para esto. Aunque se nos antojen arbitrarias o anacrónicas (y algunas sin duda lo son), las líneas de especialización de las diferentes disciplinas de las ciencias sociales sirven para imponer estándares profesionales a la acumulación del conocimiento. Las generalizaciones basadas en conceptualizaciones alternativas o en nuevos métodos deben estudiarse con cuidado. Sin embargo, es aquí donde está la materia que vale la pena, donde pueden hacerse contribuciones «seminales», siempre que el investigador esté preparado para enfrentarse a sus críticos.

La estrategia de selección de casos tendrá una función especialmente significativa. Los estudios de caso único no son buena base para generalizar, ni siquiera los «fundamentales». Los estudios con un amplio *N*, en principio más admisibles, presentan el inconveniente de que muchos casos tienen una dudosa (y supuesta) capacidad para actuar, y cabe la posibilidad de que bajo cualquier asociación surjan subgrupos de casos que la contradigan. Las muestras de tamaño medio basadas en el control de los «sospechosos habituales» (localización geográfica, tamaño, desarrollo, religión, área cultural) inhiben las generalizaciones por principio, a menos que se reproduzcan en diferentes muestras. De hecho, la reproducción es una potente herramienta, y no solo porque otros casos originan la misma dirección, magnitud y asociación significativa. Si el investigador demuestra que un patrón fiable se mantiene en diferentes niveles de integración dentro de la misma muestra, habrá llegado a la conclusión más exportable y concluyente.

Otras críticas son las acusaciones de sesgo al investigador, a menudo derivadas del contexto nacional o de la disciplina en que trabaja. Es humano que queramos descubrir lo que imaginamos en un principio para luego aplicar los resultados a otros lugares menos conocidos. Tal vez sea producto de la tendencia natural a «sobreobservar» lo que esperábamos encontrar y a «infraobservar» variaciones que no se esperaban. Junto a este «sesgo de confirmación de tipo I», también se producen errores de tipo II. En este caso, por alguna razón perversa, el investigador prefiere rechazar su hipótesis original y subestima el grado de asociación que realmente existe. No creo que las peculiaridades de las culturas nacionales o de las disciplinas académicas determinen estos errores frecuentes, pero no cabe duda de que existen.

La manera más segura de garantizar el respeto duradero a las deducciones de una investigación determinada —y de que el investigador se haga con

un lugar en el panteón de sociólogos notables— es ponerlas bajo la protección de una ley. Esa ley ofrece una explicación para un abanico mucho más amplio de fenómenos sociales o políticos, por ejemplo la ley del más fuerte de Darwin. Debe ser una ley ampliamente aceptada, aunque no por todos los notables anteriores y, a ser posible, no debe derivarse de la teoría con la que se inició la investigación. Aunque el investigador no alcance la gloria, no debe preocuparse, pues su contribución al conocimiento seguirá siendo significativa y le permitirá hacer carrera como sociólogo.

Posibles alternativas optimizadoras

- 1) Añada variables explicatorias alternativas sugeridas por otros casos o experiencias (si están disponibles sin necesidad de llevar a cabo una nueva investigación) para descubrir si se mantiene la muestra original.
- 2) Compruebe sus datos restando subgrupos de casos de la muestra original para cotejar la consistencia de los resultados, sobre todo cuando cree que son universales pero tiene razones para sospechar que existen variaciones «regionales».
- 3) Procure no «anclar» sus deducciones basándose en una única asociación prominente entre variables a expensas de otras que lo son menos (y menos esperadas).
- 4) Cuando ensamble un grupo de conclusiones de un determinado proyecto de investigación, no privilegie ni atribuya mayor significación a los resultados más fáciles de documentar o más próximos a su propia experiencia.
- 5) Es arriesgado, pero basándose en deducciones a partir de un ejemplo dado, trate de predecir comportamientos análogos en muestras diferentes de personas o lugares que conoce; y, lo que aún es más arriesgado, aplique las deducciones obtenidas a la predicción de futuros resultados de las unidades que ha estudiado.

Falacias potencialmente perjudiciales

- 1) «Triunfalismo»: el investigador encuentra algo significativo; por tanto, da por concluido el trabajo, aunque se trate del resultado de alguna variable que olvidó incluir y que puede ser muy importante en otros casos o ejemplos.
- 2) «Pago-Pagoísmo»: aunque piense que ha encontrado algo aplicable a todo, siempre habrá algún lugar que no conoce (o del que ni siquiera ha oído hablar) en el que el resultado no cuadra, y siempre aparecerá un colega que lo conozca y que le informe de su error.

- 3) «Excepcionalismo»: el investigador escoge estudiar un tema particular en un país concreto porque considera que el contexto es excepcional y, luego, pretende que los resultados sean universales.
- 4) «Replicabilidad cruzada»: las asociaciones entre variables cuya dirección es consistente, su magnitud potente y que resultan significativas en un determinado nivel de análisis, se reproducirán en otros niveles de integración, más altos o más bajos, dentro de la misma muestra.
- 5) «Disidencia cognitiva»: si las variables que «no deben» estar juntas aparecen asociadas, es consecuencia de algún error de medida no identificado o de una confusión conceptual, y por tanto el investigador se siente justificado cuando saca una conclusión excluyendo el caso o retirando la variable del análisis.
- 6) «Proximidad temporal»: el investigador opta por dar mayor prominencia e importancia a las asociaciones de variables más recientes y piensa que las asociaciones (o disociaciones) anteriores deben «descartarse».

AUTOEVALUACIÓN

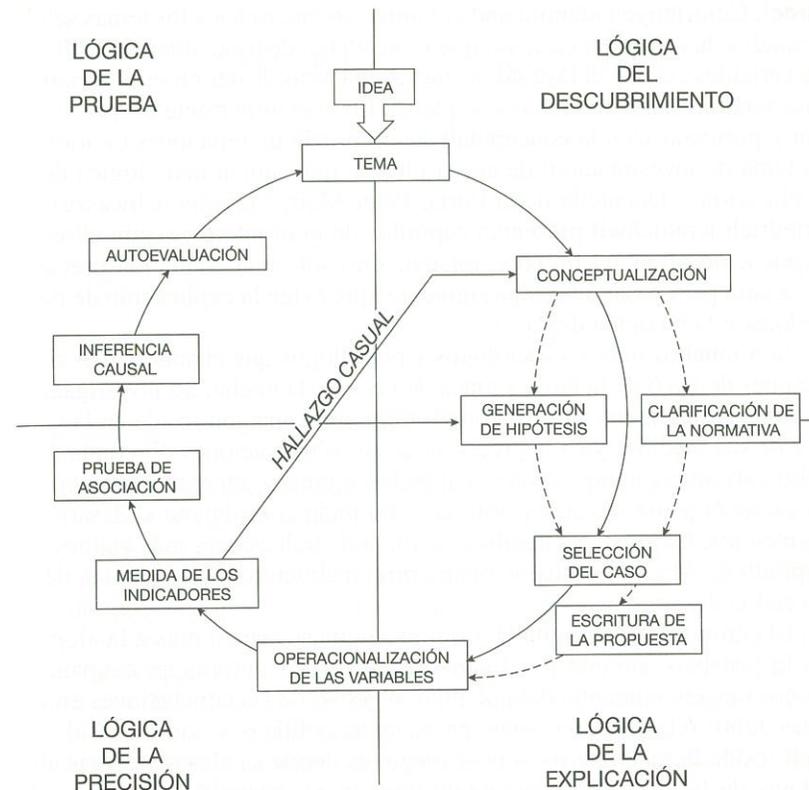
Cuando el investigador llega a la etapa del ciclo de investigación en la que decide dejarlo, el objetivo es muy sencillo: convertirse en el mejor crítico de su propio trabajo; anticiparse a todas las posibles objeciones en cada una de las etapas previas; cuando pueda, aplicar las correcciones apropiadas. Dado que esto casi nunca es posible, debido a las numerosas e irreversibles «dependencias» que se crean en el ciclo de la investigación, el investigador debe advertir al «lector que lee con sentido crítico» de que es consciente del defecto y de que ha tratado de no confundirlo magnificando su impacto. Por encima de todo, debe recordar desde el principio que ninguna investigación es perfecta y que todos los investigadores cometen errores. Es importante que recuerde la frase latina *errare humanum est* —equivocarse es humano— y que reconozca que el hecho de ser humano y de estudiar el comportamiento humano constituye una doble vulnerabilidad.

Mi propósito a la hora de escribir este capítulo ha sido el de ayudar al lector a convertirse en su mejor crítico.

CONCLUSIÓN

La investigación social y política se caracteriza por la diversidad de sus conceptos, teorías, diseños y lógicas. Solo unas pocas intervienen en el ciclo de la figura 14.1 y concluyen con deducciones empíricas sobre

Figura 14.3. El ciclo de la investigación social y política y sus cuatro lógicas



relaciones causales entre variables. Muchos investigadores escogen un tema en el que algo así sería prematuro o inapropiado, dado el nivel de su disciplina o su propósito al seleccionar un tema en particular. Puede que se salgan del ciclo relativamente pronto, a veces en la posición entre la 1 y las 3 de la tarde, a ser posible con una mejor comprensión de las relaciones genéricas y con un grupo más elaborado de hipótesis para investigaciones futuras. A otros les interesa más conocer las implicaciones éticas y normativas de esas relaciones, quizá explorando analogías con experiencias previas o suposiciones filosóficas previas. En la figura 14.3 he etiquetado este punto de salida como «lógica del descubrimiento», y la idea es que los que se salen ahí habrán añadido su contribución original tras descubrir relaciones empíricas o normativas previamente ignoradas o distorsionadas. Los capítulos de este libro escritos por Zoe Bray, Alessandro Pizzorno, Sven Steinmo y Rainer Bauböck re-

sultan especialmente útiles para quienes optan por abandonar el ciclo en este punto.

Muy pocos investigadores abandonan el ciclo entre las 3 y las 6 de la tarde¹. Contribuyen identificando el universo que rodea a los temas seleccionados, la selección de casos que representan distribuciones específicas de variables clave y el invento de nuevas maneras de definir esas variables insertándolas en teorías más completas. Lo más importante es que mejoran y pormenorizan la conceptualización previa de relaciones en torno a su tema de investigación; de ahí la idea de que siguen una «lógica de la explicación». Donatella della Porta, Peter Mair, Christine Chwaszcza y Friedrich Kratochwil presentan capítulos de gran interés; según ellos, la explicación no es un fin en sí misma, sino solo una condición previa y necesaria para pasar a la etapa siguiente, que exige la explicación de indicadores y la recogida de datos.

Son muchos más los sociólogos y politólogos que abandonan el ciclo después de las 6 de la tarde y antes de las 9 de la noche. Su investigación es fundamentalmente descriptiva. Aquí la preocupación reside en la validez de sus medidas y en la precisión de sus observaciones. Sin duda, han salido al campo, aunque solo sea al de la esquina, y generan nuevos datos sobre fenómenos sociales y políticos. También contribuyen al desarrollo de mejores instrumentos de observación y de indicadores más viables. El capítulo de Mark Franklin se ocupa principalmente de esa «lógica de la precisión descriptiva».

El capítulo de Adrienne Héritier es el que se acerca más a la «lógica de la prueba», aunque prácticamente todos los autores se ocupan, al menos tangencialmente, del polémico objetivo de las conclusiones empíricas sobre relaciones causales en ciencias políticas y sociales. Tal vez aquí resida la recompensa —desde luego, es donde se alcanza el más alto estatus de la disciplina—, pero solo unos pocos escogidos llegan a esta etapa del ciclo y aún así sus conclusiones dependen de que las reproduzcan otros investigadores.

El lector no debe desanimarse por eso. La investigación original sobre un tema que nos interesa es una aventura. Nos lleva en diferentes direcciones y podemos terminar en diferentes lugares. El punto de partida es determinante, pero en el investigador también influyen sus profesores y compañeros, así como las modas de la disciplina. Lo esencial es tener la mente alerta, confiar en las propias opciones y saber cuándo y dónde debemos salir del ciclo. Con este y otros capítulos del libro se pretende facilitar el viaje y, en última instancia, hacerlo más gratificante.

¹ Por desgracia, muchos serán de los que «hacen todo menos la tesis», pues se presentan con un diseño para una investigación previamente conceptualizada y podrán escribir una propuesta e incluso pensar en cómo poner en marcha sus variables, pero nunca encuentran el tiempo, los recursos o la energía suficientes para reunir los datos importantes y, mucho menos, para ponerlos por escrito.